

La importancia de la experiencia subjetiva en el estudio de la personalidad. Un enfoque fenomenológico-cognitivo

José María Zumalabe
Universidad del País Vasco

En la presente revisión se analiza, a través de la literatura más reciente, la importancia, el sentido y el significado que en el pasado y en la actualidad se confiere a la experiencia subjetiva en el ámbito de la psicología. Hoy los enfoques fenomenológico y cognitivo convergen al considerar imprescindible el conocimiento del mundo subjetivo del individuo para el estudio de la personalidad. Recientemente, el yo ha dejado de ser una abstracción para convertirse en un tema de investigación activa. Desde la perspectiva fenomenológico-cognitiva, además de formalizar conceptualizaciones teóricas acerca de la personalidad, se aportan técnicas objetivas de medición para poner en el dominio público las experiencias subjetivas, incrementando los métodos para estudiar objetivamente la subjetividad.

Palabras clave. Introspección, experiencia subjetiva, teorías fenomenológicas de la personalidad, autoconcepto, autoconocimiento, autoinforme.

The following review analyses the importance, meaning and significance of subjective experience in Psychology. The review will be based on the most recent works and will take into account both past and present day views. Today the phenomenological and cognitive approaches to the study of personality agree in that it is essential to pay attention to the subjective world of the individual. Recently, the ego has ceased to be an abstraction and has become a topic for active research.

Both the phenomenological and cognitive approaches have contributed in two main ways to the study of personality. They have formulated theoretical concepts and have also provided objective techniques of measurement. This has increased the number of methods available for the objective study of subjectivity, thus allowing subjective experiences to become common knowledge.

Key words: Introspection, Subjective Experience, Phenomenologic Theories of Personality, Cognitive Theories of Personality, Selfconcept, Self-knowledge, Selfreport.

En todas las ciencias empíricas los hechos son fundamentales. La psicología es una ciencia empírica, por consiguiente se ocupa de hechos y los estudia por medio del método experimental. Para ello se apoya en la observación y la experimentación. Tanto la observación como la experimentación constituyen dos momentos fundamentales del método científico positivo. La observación de los hechos psíquicos se lleva a cabo o bien, mediante la captación de los propios fenómenos subjetivos (auto-observación) o de los comportamientos externamente observables (hetero-observación) «La auto-observación de estados internos, también llamada introspección, ha sido y sigue siendo, objeto de una dura e interminable polémica en psicología» (González 1987, p. 40).

La introspección ha venido utilizándose desde tiempos lejanos para estudiar el conocimiento que las personas tienen sobre su propia personalidad y la de los demás. Desde épocas muy remotas el hombre ha dirigido su atención hacia sí mismo en la búsqueda de una explicación de lo que sucede en el mundo exterior. Para David McClelland (1967) esto ha ocurrido principalmente en tiempos de incertidumbre, de dolor y sufrimiento, de derrumbamiento material. En la búsqueda de esta explicación podemos señalar dos tendencias principales:

a) Los hebreos hablan de un conjunto de poderes internos, inescrutables y oscuros, parecidos a los externos y que manejan al hombre. Esta creencia hebrea se ve claramente plasmada en el *Libro de Job* del Antiguo Testamento. Los hebreos pensaron que tratar de conocer estas fuerzas era malo y por consiguiente dejaron este conocimiento sólo a Dios.

b) El pensamiento griego, en tiempo de Sócrates y Platón, nos dice que mediante el razonamiento se puede llegar al entendimiento y control de uno mismo y que esto a su vez es el camino a la salvación de un estado moral que está a punto del colapso. La máxima socrática *Conócete a tí mismo* y el *Prometeo* de Esquilo, representan nitidamente el pensamiento griego. Además de percibir la existencia de fuerzas positivas en el hombre que sirven para ayudarlo, los griegos percibieron la existencia de fuerzas malévolas que llevaban al ser humano a su derrumbamiento, como se plasma en el *Edipo Rey* de Sófocles y en la *Medea* de Eurípides.

Aunque no podemos considerar que tanto hebreos como griegos, estuvieran interesados en lo que nosotros llamamos personalidad, vemos que en su pensamiento están implícitas tendencias que posteriormente han tenido gran influencia en el ámbito de la psicología, en lo que a la valoración de la introspección se refiere.

Así para Watson, la introspección constituye un serio obstáculo para el progreso de la psicología. Para este psicólogo, la psicología introspectiva no ha aportado nada para lograr un conjunto organizado de hechos que deben constituir una ciencia; por lo tanto afirma que cuanto antes se prescindiera de la introspección, antes haremos de la psicología una ciencia, que a imagen de la física, debería estudiar la conducta observable con métodos empíricos (Watson 1913, 1930). Refiriéndose al análisis de la autoconciencia «Watson (1919) exigía que los psicólogos descartaran por completo la idea en las publicaciones serias». (Jourard y Landsman, 1987, p. 41).

Por el contrario, otros autores han considerado que la subjetividad es una etapa ineludible de la empresa científica. Para Chiland, «La posición no cientifi-

ca en el campo de las ciencias del hombre será negar la importancia de la subjetividad» (Chiland, 1985 p. 199).

El enfoque fenomenológico ha mantenido, desde su nacimiento, criterios que valoran como imprescindible la consideración de la subjetividad en el estudio de la personalidad. «Lo que dirige la conducta desde la óptica del individuo son sus percepciones singulares de sí mismo, del mundo donde vive y de la significatividad que las cosas tienen para él» (Combs y Snygg, 1959, p. 18). De todos es conocido que el punto de partida de este enfoque es el punto de vista del propio sujeto. «La negación de nuestra vida subjetiva no nos puede deparar más provecho que la negación de su aspecto objetivo» (Rogers, 1982, p. 345). Para Carl Rogers el ser humano vive esencialmente en su propio mundo personal y subjetivo; para este autor el funcionamiento más objetivo del hombre, incluso en el mundo de la ciencia, es el resultado del propósito subjetivo y de la elección subjetiva. Desde esta perspectiva «Lo que se llama objetividad en la ciencia es sólo un caso especial de intersubjetividad, en la cual los individuos llamados científicos han acordado usar una terminología común y medios de observación afines que tiene sentido para cada uno de ellos subjetivamente. El consenso es intersubjetivo y nunca es verdaderamente objetivo, si con lo segundo queremos decir algún tipo de campo de conocimiento que es independiente de los individuos implicados» (Rychlak, 1988, p. 432).

Según George Kelly (1966) el pensamiento subjetivo nos permite establecer un «espíritu o estado de ánimo invitativo» gracias al cual nos sentimos libres para considerar y ponderar todas las muchas interpretaciones posibles de los fenómenos y defender proposiciones que aunque inicialmente puedan parecer absurdas, deben ser refrendadas o rechazadas por los hechos.

Desde otro punto de vista «el enfoque etogenético ofrece una alternativa prometedora a la psicología social cognitiva para algunos de los aspectos del estudio de la personalidad. En concreto las perspectivas común y del sí-mismo han llamado la atención sobre la importancia que tiene el modo en que la gente piensa sobre sí misma y sobre la personalidad de los demás» (Hampson, 1986, p. 266). Desde la perspectiva etogenética se pone un gran énfasis en la unicidad del individuo, y se piensa que esta unicidad puede entenderse mejor si se obtiene una detallada biografía del individuo. Los sujetos de una investigación realizada por Levinson (1978) sobre la personalidad a lo largo del ciclo vital, encontraron que revisar su propia biografía constituye una experiencia significativa e iluminadora.

Sin lugar a dudas el planteamiento de Watson y sus seguidores ha hecho historia, pero actualmente nadie duda de que todo fenómeno psíquico humano tiene dos caras: la interna y la externa. «La introspección posee muchas limitaciones como procedimiento fiable, pero eso no nos autoriza a eliminarla porque no nos gusta. La psicología actual está intentando, con mayor o menor éxito, integrar la introspección en el método experimental y existen esperanzas fundadas de que se está en el buen camino» (González 1987, p. 40).

En psicología de la personalidad, durante bastante tiempo el interés se centró en la búsqueda de lo objetivo a través de la cuantificación, dejando de lado los aspectos más subjetivos de la persona (Pinillos 1988, y Belloch 1983). Se ha argu-

mentado a lo largo de la historia de la psicología, y algunos psicólogos continúan argumentando que la ciencia no puede ser introspectiva ya que, desde este punto de vista, las teorías presentadas siempre son subjetivas y la ciencia debe ser completamente objetiva. En opinión de Rorer y Widiger (1988) «Parece que los psicólogos sufren un miedo patológico a no ser científicos. Los filósofos consideran la distancia entre ciencia y no ciencia como un problema de límites. La mayoría coincide en que ningún intento de demarcación ha tenido éxito (con la posible excepción de lo que cada uno defiende)» (Rorer y Widiger, 1988, p. 50).

En tiempos pasados parece estar claro que «la psicología de la personalidad que se consideraba «científica» se centraba en el concepto de «objetividad» (Ibáñez y Belloch, 1983, p. 53)». En la actualidad la situación es bien distinta; «...podemos y debemos tener estudios científicos de las teorías escritas desde una perspectiva introspectiva. Éste es el punto de vista con el que los seres humanos comienzan a vivir y la psicología sólo podrá ser una ciencia viable y relevante si examina objetivamente la experiencia humana desde los puntos de vista introspectivo y extrospectivo» (Rychlak, 1988, p. 28).

Por lo tanto, la introspección es un aspecto necesario que se debe tener en cuenta en el estudio e investigación de la personalidad sin que este posicionamiento suponga una relegación de los otros métodos de observación y experimentación de la personalidad. «En este sentido insistimos que es indispensable conocer la peculiar visión subjetiva del mundo y de sí mismos para poder hacer ciencia de la personalidad» (González, 1987, p. 348). Es necesario estudiar el conocimiento que tienen las personas sobre su propia personalidad y la de los demás (autoobservación-heteroobservación), aunque experimentalmente pueda demostrarse que el conocimiento es erróneo o incompleto (Nisbett y Wilson 1977). Y es necesario este estudio del autoconocimiento, entre otras razones porque tiene serias implicaciones a nivel de conducta, «... el modo en que la gente piensa acerca de la personalidad tiene implicaciones en su comportamiento» (Hampson, 1986, p. 267).

La experiencia subjetiva de cada persona le permite establecer predicciones o expectativas respecto a su propia conducta. Y esto ocurre no porque el sujeto considere que al poder elegir entre distintos cursos de acción está en posición de anticipar lo que hará en el futuro, sino porque tiene la evidencia de que cree saber cómo se comportará en el curso del tiempo venidero, al margen de decisiones arbitrarias y sin que esto implique un determinismo que excluya el concepto de libertad. Esta predicción de la conducta se realiza con mayor facilidad si el sujeto puede formular claramente sus necesidades y su visión del mundo en relación con esas necesidades (Benjamín 1984). En la misma línea hay que situar a Maslow (1954) y Murray (1938) quienes mantienen que si se consigue identificar con seguridad las necesidades del sujeto y la forma en que la persona ve el mundo en función de esas necesidades, estamos en situación de anticipar su conducta.

Desde el punto de vista etogenético la personalidad se concibe como una característica que reside en el interior del individuo y que es el principal determinante de su conducta. Por eso se concede especial atención a la forma en que los propios sujetos entienden su comportamiento. Con esta finalidad Harré y Se-

cord (1972) recomiendan que se estudien las explicaciones que dan las personas de sus comportamientos.

«Los términos *sí mismo, yo, autoimagen, propium*, se han forjado para describir el fenómeno de la subjetividad. La base de la descripción puede ser la experiencia precientífica de la reflexividad de la conciencia, en la que un sujeto se hace objeto de sí mismo. El análisis de este fenómeno es muy dispar; los métodos de su detección y su significatividad varían notablemente de un autor a otro» (Fisseni 1987, p. 297). La subjetividad ocupa un lugar destacado en muchas de las teorías de la personalidad, prueba de ello es la presencia en las mismas de términos como *autoconocimiento, experiencia privada, autoconcepto, autoimagen, autoesquema, yo, propium*, etc; cuya función es explicar el fenómeno de la subjetividad. Como tema de estudio de la personalidad, la subjetividad, no aparece como un concepto unitario, pero es una idea directriz que aflora constantemente bajo diversos términos. «En el centro de toda la investigación de la personalidad se encuentra la exploración del yo o sí mismo» (González, 1987, p. 345). Cada individuo se percibe como una persona distinta, única, idiosincrásica e irrepetible, a pesar de sus numerosas coincidencias con los demás.

En los últimos años son numerosos los estudios de investigación sobre el *self* como estructura cognitiva que influye en la atención, organización y caracterización de la información, del recuerdo y de nuestros juicios acerca de los demás, que tienen un interés especial para los psicólogos de la personalidad (Bandura 1982, Bargh 1982, Fong y Markus 1982, Ingram *et al.* 1983, Kuiper y Derry 1981, Locksley y Lenaver 1981, Markus 1983, Markus y Sentis 1982, Markus y Smith 1981, Rogers 1981, Fiske 1982, Kihlstrom *et al.* 1988, Sánchez Cánovas 1988, Hull *et al.* 1988, Piolat 1988, Sande *et al.* 1988, Major, *et al.* 1988, Segal *et al.* 1988, Perdue *et al.* 1988).

Otro aspecto importante para la personalidad es el de las atribuciones que una persona hace de los acontecimientos y las implicaciones y asociaciones que esto tiene para la cognición, la afectividad y la motivación (Abelson 1983, Abranson *et al.* 1980, Weiner 1982, Brown 1988, Van Hook *et al.* 1988).

Otros estudios sobre el *self* van dirigidos a comprobar la utilidad de los esquemas personales o de los constructos personales como los describió George Kelly (Kihlstrom y Cantor 1984, Markus *et al.* 1985, Singer y Salovey 1985).

En la actualidad se pone gran énfasis en la cognición social y es creciente el interés de los psicólogos sociales por los conceptos y esquemas del *self* (Mc Guire 1984, Mc Guire *et al.* 1986, Markus y Wurf 1987, Rosenberg 1988, Cohen *et al.* 1988, Mc Guire y Mc Guire 1988, Tesser 1988, Major *et al.* 1988, Cramer 1988, Parrot *et al.* 1988).

Este estado de cosas parece señalar que «lo que a menudo fue catalogado como un área borrosa de la personalidad, se ha convertido en el centro de la comprensión del comportamiento grupal e interpersonal así como de la organización de la personalidad» (Singer y Kolligian, 1988, p. 113). En nuestros días «todo parece autorizarnos a pensar que el autoesquema o concepto de sí mismo, constituye una dimensión ineludible del estudio de la personalidad» (González, 1987, p. 37).

Los teóricos fenomenológicos originales como Snygg, Combs, Rogers o Kelly,

que publicaron sus trabajos hace más de 30 años, eran voces solitarias que clamaban por un nuevo tipo de psicología de la personalidad. Deseaban principalmente resaltar la importancia de temas como las percepciones subjetivas del individuo en el «aquí y ahora», los sentimientos y emociones personales y la importancia del *self*. En ese tiempo se disponía de pocas investigaciones formales sobre estos temas por lo que muchos de sus planteamientos teóricos originales no llegaron a construir una ciencia con observaciones sistemáticas, aunque sí sentaron las bases de un nuevo enfoque. Para estos primeros teóricos del enfoque fenomenológico es un gran tributo que muchos de los temas que postularon y defendieron en contra de todos, se estén investigando actualmente con renovadas energías y un fresco, intenso y nuevo interés. (Harter 1983, Kihlstrom y Cantor 1984, Gergen 1984, Zajonc 1980, Brown *et al.* 1988, Robson 1988, Greenwald *et al.* 1988, Parrot *et al.* 1988, Cramer 1988, Buri *et al.* 1988, Lorr y Wunderlich, 1988, Backman 1988, Steele 1988).

En los últimos años ha tenido lugar un incremento progresivo del interés y la consideración por los datos que emanan de la introspección, sobre todo en el ámbito de la psicología de la personalidad y la cognición social, en las investigaciones acerca de las creencias sobre uno mismo u otros y de las actitudes que gobiernan nuestro comportamiento público (Libermann, 1979, Sabini y Silver, 1981, Singer, 1984 a, b, Piliavin y Charng, 1988). Los estudios de Natsoulas (1984), Baars (1987), Singer (1984a) y Deutsch *et al.* (1988), indican que la introspección nos proporciona información relevante sobre las creencias y actitudes.

Desde hace poco tiempo, el autoconocimiento y la autoconciencia como características especiales de la personalidad que tienen determinadas implicaciones en el comportamiento interpersonal, son objeto de estudio de una serie de revisiones de estudios empíricos (Markus 1983, Andersen 1984, Andersen y Ross 1984, Andersen y Williams 1985, Eder *et al.* 1987, Scheier y Carver 1988, Klein y Loftus 1988).

Aunque todavía muchas de estas investigaciones «no se dirigen por completo a la razón que motiva las variaciones en el autoconocimiento, entendiendo variaciones como una dimensión diferencial de la personalidad o del individuo» (Singer y Kolligian, 198, p. 115-116).

Del campo de la autoconciencia también ha emergido un notable cuerpo de investigación. Una de las propiedades de la conciencia humana es que se puede reflexionar sobre ella. El ser humano es capaz de estar consciente de sí mismo y del mundo exterior. «Después de décadas de descuido deliberado, la conciencia es motivo otra vez del escrutinio científico» (Natsoulas, 1978, p. 906). En estos trabajos el énfasis está puesto más en los rasgos característicos de un estilo personal dedicando considerable atención a los pensamientos autogenerados, las imágenes y las expectativas, que en la capacidad para la introspección o en la utilidad y eficacia del autoconocimiento. Desde esta perspectiva, en los últimos años han surgido cantidad de estudios sobre las diversas facetas de la propia conciencia (Carver *et al.* 1985, Franzoi 1983, Franzoi y Brewer 1984, Franzoi y Davis 1985, Franzoi *et al.* 1985, Lloyd *et al.* 1983, Weinberger *et al.* 1979, Qualls 1983, Weinberger 1983, Hull *et al.* 1988, Entwisle *et al.* 1987, Marsch *et al.* 1988a, Deutsch *et al.* 1988, Segal *et al.* 1988).

Lawrence Pervin (1988) considera que la psicología de la personalidad está atravesando un periodo de nuevas y más variadas estrategias de investigación. Esa afirmación se hace especialmente evidente en el creciente esfuerzo por valorar de igual modo tanto la subjetividad o experiencia privada como las acciones públicas tal como ha señalado David Buss (Buss y Craik 1983).

«Esta preocupación por la manera en que los individuos interpretan los acontecimientos y se ven a sí mismos y a su mundo constituye una importante influencia en el mundo de la psicología, por lo que ha generado muchas investigaciones. Las aportaciones resultantes de esos estudios han recibido amplio reconocimiento» (Mischel 1988 p. 276).

El punto de vista fenomenológico-cognitivo

Como ya hemos señalado anteriormente, el rasgo definitorio de las teorías fenomenológicas es el valor que atribuyen a la experiencia del sujeto, considerada desde su propio punto de vista. Según George Kelly si se ignora la esfera privada del hombre «será necesario explicarlo como un objeto inerte movido caprichosamente en un ámbito público por fuerzas externas, o bien como un dato aislado en su continuo propio» (Kelly, 1966, p. 39). La fenomenología estudia el yo y las experiencias y conceptos personales internos, subjetivos del individuo; su tema básico es la experiencia del individuo como éste la percibe. El enfoque se hace sobre las experiencias, sentimientos y opiniones personales subjetivas del individuo acerca del mundo y de sí mismo, junto con sus conceptos privados.

Por otra parte, en los últimos años «La psicología se ha vuelto cognitiva en general y la personalidad no es ninguna excepción» (Pervin 1988, p. 80). Las señas de identidad de este punto de vista están a medio camino entre la psicología experimental cognitiva y un énfasis en cómo las personas codifican, almacenan y recuperan información. El individuo colabora en la constitución de sus conocimientos; éstos no son simples reacciones, son siempre construcciones. «La representación cognitiva no se limita a reproducir el entorno físico, sino que es la resultante de intercambios entre estímulos externos y la persona (valoraciones subjetivas, necesidades, autoimágenes, etc.)» (Fisseni, 1987, p. 157). Desde la psicología cognitiva se ha propugnado con renovados esfuerzos el estudio de la subjetividad «... se estaban volviendo a retomar los aspectos más «subjetivos» de la persona humana, al mismo tiempo que se intentaba romper con los cánones mecanicistas sustentados por el conductismo. Nos estamos refiriendo, claro está, a la Psicología como Procesamiento de la Información» (Ibáñez y Belloch, 1983, pp. 50-51). «Según las teorías cognitivas, sólo el mundo subjetivo del individuo garantiza el conocimiento de su peculiaridad, que puede detectarse en la representación cognitiva individual» (Fisseni, 1987, p. 195).

La psicología de orientación cognitiva ha vuelto a retomar el tema del yo considerado como «maldito» por el conductismo radical. Es importante la proliferación de investigaciones que desde diversos enfoques intentan hacer ciencia

sobre el yo, o lo que es lo mismo, tratan de describir el fenómeno de la subjetividad. Desde esta posición, que estudia a las personas como unidades totales, se describe el yo como autoesquema, un término que está muy próximo al significado de autoconcepto, de autoimagen o autorrepresentación cognitiva, sin olvidar que el punto de partida del estudio del concepto de sí mismo reside en el esfuerzo por conocer la experiencia subjetiva. Lo realmente importante no es como es la realidad sino cómo el sujeto la percibe. Nos dice más del comportamiento del sujeto el concepto de sí mismo y de la realidad que la realidad misma.

Aunque es en los últimos años cuando más literatura e investigaciones han generado los enfoques cognitivos de la personalidad (Bandura 1982, Cantor 1981, Cantor y Kihlstrom 1981, 1982, Mischel 1983, Hastorf e Isen 1982, Higgins *et al.* 1981, Wyer *et al.* 1984, Zanna *et al.* 1982, Wilson y Franks 1982, Perdue *et al.* 1988, Major *et al.* 1988, Piolat 1988, Sande *et al.* 1988, Segal *et al.* 1988, Hull *et al.* 1988, Kihlstrom *et al.* 1988, Sánchez Cánovas 1988) no son tan nuevos y recientes. En Blake y Ramsey (1951) y Messik y Ross (1962) ya estaba presente la insistencia en lo cognitivo. La teoría de los constructos personales de George A. Kelly fue publicada ya hace treinta y cuatro años y según José Luis Pinillos «es obvio que el desplazamiento máximo hacia una psicología cognitiva de la personalidad se inicia con el giro dado por Kelly en los años 50, al publicar su psicología de los constructos personales» (Pinillos, 1988, p. 9). Walter Mischel (1981) señala que George Kelly y Carl Rogers se anticiparon a varios de estos desarrollos actuales e indica que la sabiduría del primero en especial no ha sido todavía reconocida del todo.

El enfoque fenomenológico ha tenido cambios importantes y una evolución significativa. La evolución actual de la aproximación fenomenológica debe mucho al creciente enlace que se está dando entre las ideas de ciertos teóricos de la personalidad como Kelly o Rogers y la psicología cognitiva en general. En las últimas décadas, la psicología cognitiva se ha convertido en un área muy importante del campo de la psicología, en especial para los psicólogos sociales y de la personalidad. «Ese nuevo interés en los procesos cognoscitivos refleja el hecho de que la manera en que la gente se percibe a sí misma y a sus experiencias influye de modo crucial en su conducta» (Mischel, 1988 p. 275).

Muchas de las teorías de la personalidad consideradas fenomenológicas (Allport, Lewin, Rogers, Kelly...) se relacionan de una manera muy general con los procesos cognitivos, es decir, con la manera como se conoce el mundo y el propio yo. Tener interés en los procesos cognitivos implica enfocar la atención hacia los procesos internos o mentales, a través de los cuales el individuo codifica o clasifica la información. Las teorías cognitivas prestan especial interés a las formas activas que permiten a la mente generar un significado y una experiencia. Toda la información acerca de la realidad es medida por los órganos de los sentidos y por los complejos sistemas que interpretan y reinterpretan la información sensorial. «Sin dejar de ser tolerante con los conceptos y métodos de la psicología cognitiva, esta nueva aproximación a la personalidad empieza a ser predominante en toda la literatura» (Pervin, 1988, p. 83).

Por consiguiente, y de manera general, podemos encontrar puntos fundamentales de coincidente interés en las corrientes fenomenológica y cognitiva, si

bien es cierto que la diversificación de la psicología cognitiva actual y la ramificación de la fenomenología en diversos humanismos que sitúan su punto de atención en distintos aspectos ajenos a la cognición, impiden que los aspectos comunes se den con una mayor especificidad. «Algunos psicólogos de la personalidad que se dedican a investigar los procesos cognoscitivos han tratado de entender cómo el individuo piensa, interpreta y percibe el mundo; es decir, se han esforzado por capturar el punto de vista del individuo. Su enfoque se centra en las personas y los acontecimientos de la vida, como los ve el perceptor. En suma su mayor interés se encuentra en la experiencia de la persona, cómo ésta la percibe y clasifica: *la fenomenología de la persona*» (Mischel, 1988, p. 201).

Ambos enfoques coinciden en su interés por el estudio del *self* como un aspecto fundamental de la personalidad. El concepto de sí mismo comprende generalizaciones acerca de uno mismo; es el proceso cognoscitivo que surge de experiencias pasadas y que, una vez formado, determina la manera en que el individuo controla la nueva información acerca de su propio yo. Si un sujeto tiene un autoesquema muy fuerte sobre ser en extremo dependiente, pasivo y conformista, procesará la información relacionada con estos temas de manera más rápida y eficaz que las personas para quienes ese esquema no es relevante en sentido personal (Markus 1977). La gente recuerda mejor la información sobre los rasgos que considera que les describen, que los rasgos que no le son autodescriptivos (Rogers 1977, Rogers, Kuiper y Kirker 1977). «Los seres humanos dan a las cosas relevantes para el yo un tratamiento cognoscitivo especial; por ej., manteniéndose más orientados y atentos hacia ellas» (Mischel 1988, p. 257).

Epstein (1973, p. 407), en un intento integrador propone una definición del concepto de sí mismo que recoge elementos de muchas teorías y que reúne las siguientes características:

Es un sistema parcial de conceptos coherentes, ordenados jerárquicamente, integrados en un sistema conceptual más general.

Se pueden distinguir diversas formas empíricas de un sí mismo: corporal, espiritual, social, etc.

Es un sistema dinámico que cambia al ritmo de la experiencia. Asimila informaciones y revela de ese modo un principio de desarrollo.

Ese principio se desarrolla sobre todo en interacción social con personas relevantes para el individuo.

Es muy importante para el individuo el mantenimiento del autoconcepto en su estructura. Si esta estructura se ve amenazada, el individuo reacciona con la angustia e intenta defenderse contra la amenaza. Si el intento de defensa fracasa, aumenta la ansiedad y puede producirse el derrumbe total.

La autoestima, que es una necesidad fundamental, influye en todos los aspectos del sistema y tiene prioridad sobre las demás necesidades.

El autoconcepto ejerce dos funciones básicas: a) estructurar todas las experiencias, principalmente desde la acción social, ordenándolas en secuencias de acción predecibles; y b) facilitar la satisfacción de las necesidades evitando la angustia y la desvaloración.

Esta definición general ofrecida por Epstein conecta con la concepción de la naturaleza humana que describe Kelly. Se entiende el autoconcepto como una

teoría, como un sistema de constructos que el individuo formula sobre sí mismo y sobre su medio ambiente; un sistema que él pone a prueba, como un científico verifica sus hipótesis, y que al final integra en un sistema objetivo, consistente y verificable empíricamente. Esta concepción, con el alto grado de racionalidad que caracteriza a la autointerpretación, sólo puede entenderse desde un enfoque cognitivo de la realidad.

Hace unas décadas se consideraba una limitación del enfoque fenomenológico-cognitivo, el hecho de que las personas tuvieran predisposiciones ocasionales en su percepción, lo cual suponía que éstas podían ser una fuente inexacta de información. Se pensaba que esto limitaba la exactitud y el valor de las evaluaciones y discernimientos fenomenológicos. En fechas recientes, las posibles desviaciones y simplificaciones cognoscitivas del perceptor, en vez de ser descartadas como información no confiable, se han convertido en temas importantes de investigación científica por derecho propio (Kahneman y Tversky 1984). Del mismo modo la cuestión de cómo el yo se conoce a sí mismo y a los demás está recibiendo una mayor atención (Berkowitz 1984, Gergen 1984b, y 1988, Fitzgerald 1988).

Sobre la evaluación de la subjetividad

Para estudiar las experiencias subjetivas del individuo dentro del marco de las normas científicas hay que encontrar métodos que lleguen a esas experiencias privadas y las lleven al dominio público. Algunos fenomenólogos como Rogers o Kelly procuran ir más lejos de la introspección y fundamentan sus teorías en métodos objetivos y científicos. En opinión de Rogers (1947) el terapeuta penetra en el mundo interno de las percepciones de su cliente no por introspección, sino por observación e inferencia. La preocupación por la objetividad se refleja en los extensos intentos de Rogers por estudiar a las personas con técnicas empíricas; y son justo esos esfuerzos los que sitúan su trabajo en el terreno de la psicología y no en el de la filosofía. Ese mismo interés en la medición objetiva de experiencias subjetivas caracteriza la forma en que Kelly aborda el tema de la medición.

Posiblemente la manera más directa de averiguar las experiencias de una persona consista en pedirle que se describa ella misma. «Prácticamente en todos los métodos aplicados al estudio de la personalidad se solicitan autoinformes al sujeto» (Mischel 1979, p. 221).

Nuestras observaciones pueden revestir varias formas: podemos percibirnos a nosotros mismos como creemos que nos ven los demás; podemos intentar observar nuestros pensamientos y sentimientos privados y de este modo descubrir cosas que no serían útiles para los demás a menos que decidiéramos contárselas y podemos simplemente observar nuestra propia conducta de la misma forma que observamos la de otras personas y hacer inferencias sobre la clase de personas que somos a partir de esas autoobservaciones. Desde la escuela de pen-

samiento que se conoce con el nombre de interaccionismo simbólico se considera que para obtener un conocimiento sobre nosotros mismos, nos informamos de cómo aparecemos ante los ojos de los demás. «Los teóricos tradicionales del rasgo como Eysenck o Cattell creen que nos conocemos a nosotros mismos. Suponen que las personas pueden rellenar un cuestionario sin tropezar con graves problemas en su autoconocimiento» (Hampson, 1986, p. 169).

No pocos estudios, ante la sorpresa de algunos psicólogos, han demostrado que los sencillos informes sobre sí mismo pueden tener la misma validez, e incluso ser mejores predictores, que las pruebas más perfeccionadas, complejas e indirectas cuyo fin es descubrir la personalidad subyacente (Marks, Stauffacher y Lyle 1963, Scott y Johnson 1972, Peterson 1965, Lindzey y Tejessy 1956, Holmes y Tyler 1968, Wallace y Sechrest 1963).

Un estudio de Hase y Goldberg (1967), reveló que las autoclasificaciones de los individuos eran los mejores predictores de las estimaciones que después harían los coetáneos sobre ellos. «Las autoestimaciones eran más exactas que las previsiones fundadas en cualquiera de las escalas, incluidas las ecuaciones estadísticas más excelentes hechas a partir de las más eficaces combinaciones de escalas». (Mischel, 1979, p. 222).

En el ámbito de la psicología clínica, Koss y Butcher (1973) llevaron a cabo un estudio en el que los autoinformes de pacientes psiquiátricos que experimentaban distintas crisis (depresión, ansiedad, graves problemas matrimoniales) fueron comparados con otras fuentes de información relativa a ellos. Se analizó minuciosamente lo que dijeron de su persona. Los resultados indican que por lo general «querían y podían aportar información verídica acerca de ellos» (Koss y Butcher 1973, p. 199) y también podían identificar correctamente los aspectos más importantes de su situación de crisis. En gran número de casos, lo que revelaron fue corroborado directamente por otras fuentes de información.

Los datos y hallazgos provenientes de estos estudios y de otros similares (Payne y Wiggins, 1972, Mischel 1972) documentan claramente la capacidad de la gente para ofrecer voluntariamente afirmaciones correctas sobre sí misma y demuestran que los individuos pueden informar directamente sobre su conducta con igual o mayor exactitud de la que alcanzamos con inferencias y datos más directos. «... La forma más directa de obtener información útil acerca de un sujeto es pedirselo a él. Las previsiones hechas en autoestimaciones e informes de sí mismo simples y directos no han sido superadas por las obtenidas de las siguientes fuentes: pruebas de la personalidad complejas desde el punto de vista psicométrico, baterías combinadas de pruebas, medidas indirectas y jueces clínicos, intrincados análisis estadísticos» (Mischel 1979 pp. 222-223).

Por consiguiente, parece claro que en ciertas situaciones las personas pueden prever y comunicar su conducta con la misma precisión, por lo menos, que los expertos que hacen inferencias sobre ellos valiéndose de diversas técnicas. Ahora bien, esto no significa que la gente prevea siempre su conducta sin equivocarse. Hay muchas circunstancias en las que al individuo le falta información o motivación para vaticinar su comportamiento. Un sujeto puede conocer las causas de su conducta pero ser incapaz de comunicarlas o no querer hacerlo. También es posible que no advierta todas sus experiencias por lo que por mucho que se

esfuerce no podría comunicarlas. La tarea del psicólogo para mitigar esta limitación consistía en crear las condiciones que favorezcan el desarrollo y faciliten la libre exploración de los sentimientos del yo. No podemos esperar que las personas sean sinceras en sus juicios sobre sí mismas cuando temen que sus afirmaciones les incriminen o conduzcan a decisiones negativas acerca de ellas. Para que un individuo revele sus sentimientos privados, necesita una atmósfera serena que alivie las ansiedades, atenúe las inhibiciones y favorezca las confidencias personales. (Jourard 1967).

También hay que indicar que aunque quede demostrado que es razonable preguntar directamente al sujeto acerca de su comportamiento futuro pues sus aseveraciones, en ocasiones, son tan exactas como las demás fuentes informativas y hasta mejores, actualmente casi todos los estudiosos de la subjetividad admiten que los informes sobre sí mismo no revelan todos los aspectos importantes de la conducta ni ofrecen un cuadro completo de la personalidad.

En la actualidad son numerosos los trabajos que apoyándose en distintos cuestionarios, convergen en la idea de que generalmente las personas son capaces de proveer a través del empleo de cuestionarios relativamente breves, unos índices razonablemente válidos y fiables de sus propios modelos diferenciales de la corriente de pensamiento interno (Segal *et al.* 1980, Gold y Gold 1982, Gold y Really 1986, Huba *et al.* 1981, 1983, Starker y Jolin 1982, 1983, Huba y Tanaka 1983, 1984, Golding y Singer 1983, Giambra 1980a, Giambra y Stone 1982, Piliavin y Charng 1988, Marsh y Richards 1988, Beitchman y Corradini 1988).

Por otra parte, son muchos los psicólogos «que propugnan la utilización de métodos psicobiográficos o de protocolos verbales que nos permitan entrever el papel que los factores subjetivos y personales juegan en la estructura del conocimiento» (Ibáñez y Belloch, 1983, p. 53). Las memorias autobiográficas y los documentos personales se están convirtiendo en un foco de creciente interés en su relevancia para el estudio de la personalidad (Howe 1982, Helson *et al.* 1985, Reinke *et al.* 1985, Frieze *et al.* 1985, Runyan 1981, 1983, Wrightsman 1981, Cantor y Kihlstrom 1985, Pervin 1983, Paunonen y Jackson 1985, Palys y Little 1983, Lamiell 1981, Rappaport *et al.* 1985, Lamiell *et al.* 1983, Lydon *et al.* 1988, Fitzgerald 1988, Van Hook *et al.* 1988, Gergen y Gergen 1988, Cohen *et al.* 1988, Hessing *et al.* 1988, Costa y Mc Rae 1988).

La mayor parte de los psicólogos de la personalidad que dedican especial atención al estudio de la subjetividad, procuran poner en el dominio público las experiencias privadas del individuo estudiándolas por medio de técnicas objetivas. Queda pues constatado que tanto el enfoque fenomenológico como la perspectiva cognitiva no son meros puntos de vista sobre la personalidad sino que ofrecen técnicas para estudiar las experiencias subjetivas de los individuos dentro del marco de referencia de las normas científicas. Además se observa una tendencia creciente hacia la ampliación de los diversos métodos para estudiar objetivamente los significados y experiencias personales. «Esperamos, incluso, más usos del muestreo del pensamiento, de los recuerdos autobiográficos, de las metas personales y sus relaciones con la emoción y la conducta manifiesta en la exploración de la personalidad» (Singer y Kolligian, 1988, p. 133).

Conclusiones

La importancia, el sentido y el significado que se ha atribuido a la subjetividad a lo largo de la historia de la psicología, ha ido cambiando en la medida en que han ido apareciendo nuevas corrientes y nuevas perspectivas psicológicas.

En tiempos pasados desde la psicología de la personalidad se reclamaba su estatus científico y para lograr esta aspiración se propugnaba una actividad investigadora centrada en el concepto de «objetividad», pues se consideraba que sólo podría ser científica una psicología de la personalidad objetiva. Por consiguiente el fenómeno de la subjetividad o quedaba en un segundo plano o era ignorado.

Progresivamente se ha ido aceptando la introspección como un aspecto necesario que se debe tener en cuenta en el estudio e investigación de la personalidad junto con el método extrospectivo. En la actualidad se considera indispensable conocer la visión subjetiva de sí mismo y del mundo que los individuos tienen, para poder hacer ciencia de la personalidad, aún cuando experimentalmente pueda demostrarse que ese autoconocimiento es erróneo o incompleto, pues en cualquiera de los casos va a tener implicaciones comportamentales.

La importancia que las diversas teorías de la personalidad atribuyen a las experiencias subjetivas queda plasmada por la presencia en las mismas de términos cuya importancia en sus contextos es fundamental y que han sido acuñados para explicar y describir el fenómeno de la subjetividad. Otra muestra de la importancia que a la subjetividad se le atribuye en nuestros días es la proliferación de investigaciones referidas al *self*, autoesquema, autoimagen, autoestima, autoconciencia, atribuciones, caracterización de la información, procesamiento de datos introspectivos, autoconocimiento, etc. que han recibido amplio reconocimiento.

Desde sus inicios, el enfoque fenomenológico se ha basado en la experiencia del individuo tal como éste la percibe; ésta es una consideración que se ha mantenido a pesar de los importantes cambios y de la evolución que a lo largo del tiempo ha experimentado este enfoque. Durante las últimas décadas ha ido creciendo en importancia en el ámbito de la psicología en general, y de la personalidad en particular, el punto de vista cognitivo. Desde la psicología cognitiva se ha estimulado con renovado interés el estudio de la subjetividad, del autoconcepto, de cómo el individuo piensa, interpreta, percibe el mundo y lo clasifica. En otras palabras, se ha retomado con mayor consideración el estudio y la investigación de la fenomenología de la persona. Para ambos enfoques es imprescindible el conocimiento del mundo subjetivo del individuo, de su peculiaridad, de su forma de percibir el mundo y el propio yo y de la significación que atribuye a estas percepciones.

En los últimos años el yo ha dejado de ser una abstracción para convertirse en un tema de investigación activa y lo mismo cabe decir de las emociones. De la misma manera, los procesos a través de los cuales las autopercepciones influyen en la conducta se han vuelto más accesibles al estudio. Además las investigaciones sobre estos temas ya no se apoyan solamente en los autoinformes de tipo fenomenológico, sino que abarcan todo tipo de conductas.

Son numerosos los estudios que concluyen que las personas tienen capacidad para ofrecer voluntariamente datos acerca de los distintos aspectos de su propia personalidad y de su conducta con un grado de exactitud mayor o similar al que se alcanza con inferencias y otro tipo de instrumentos de medida no fenomenológicos. Muchas investigaciones demuestran que los sencillos informes sobre sí mismo pueden tener la misma validez que las pruebas más perfeccionadas y complejas. Aunque debe quedar claro que en la actualidad y teniendo en cuenta lo planteado anteriormente, casi todos los estudiosos de la subjetividad admiten que los informes sobre sí mismo no revelan todos los aspectos importantes de la conducta por lo que no pueden ofrecer un cuadro completo de la personalidad. Es casi imposible presentar un cuadro completo de la personalidad si nos basamos únicamente en autoinformes, de la misma forma que es casi imposible hacerlo prescindiendo de los informes sobre sí mismo.

En los últimos años se observa una disposición creciente hacia el incremento de los métodos para estudiar objetivamente las experiencias subjetivas, utilizando para ello las memorias autobiográficas, los documentos personales, muestreos de pensamiento, metas personales, sistema de valoración, etc.

Por consiguiente, desde la perspectiva fenomenológico-cognitiva, además de formalizar conceptualizaciones teóricas acerca de la personalidad se aportan técnicas objetivas de medición para poner en el dominio público las experiencias subjetivas de los individuos.

REFERENCIAS

- Abelson, R.P. (1983). Whatever became of consistency theory? *Personality and Social Psychology Bulletin* 9, 37-54.
- Abranson, L.Y., Garber, J., Seligman, M.E.P. (1980). Learned helplessness in humans. En J. Garber, M.E.P. Seligman (Eds.), *Human Helplessness* (pp. 3-34). New York: Academic Press.
- Andersen, S.M., Ross, L. (1984). Self-Knowledge and social inference I. *Journal of Personality and Social Psychology*, 46, 294-307.
- Andersen, S.M., Williams, M. (1985). Cognitive/affective reactions in the improvement of self-esteem: When thoughts and feelings make a difference. *Journal of Personality and Social Psychology*, 49, 1086-1097.
- Andersen, S.M. (1984). Self-Knowledge and social inference II: Diagnosticity of cognitive/affective and behavioral data. *Journal of Personality and Social Psychology*, 46, 294-307.
- Baer S, B.J. (1987). *A Cognitive Theory of Consciousness*. Londres: Cambridge University Press.
- Backman, C.W. (1988). The Self: A Dialectical Approach. *Advances in Experimental Social Psychology*, 21, 229-261.
- Bandura, J.A. (1982). Self-efficacy mechanism in human agency. *American Psychologist*, 37, 122-147.
- Bargh, J.A. (1982). Attention and automaticity in the processing of self-relevant information. *Journal of Personality and Social Psychology*, 43, 425-436.
- Beitchman, H., Corradini, A. (1988). Self-report Measures for Use With Children: A Review and Comment. *Journal of Clinical Psychology*, 4, 477-491.
- Benjamin, L.S. (1984). Principles of prediction using structural analysis of social behavior. En R.A. Zucker et al. (Eds.), *Personality and the prediction of behavior*. New York: Academic Press.
- Berkowitz, L. (Ed.) (1984). *Theorizing in social psychology: Special Topics*. New York: Academic Press.
- Blake, R.R., Ramsey, G.V. (Eds.) (1951). *Perception: An Approach to Personality*. New York: Ronald.
- Brown, J.A., Collins, R.L., Schmidt, G.W. (1988). Self-esteem and Direct Versus Indirect Forms of Self-Enhancement. *Journal of Personality and Social Psychology*, 3, 445-454.
- Brown, J.A., (1988). Self-Directed Attention, Self-Esteem, and Causal Attributions for Valenced Outcomes. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 2, 252-264.

- Buri, J.R., Louiselle, P.A., Misukanis, T.M., Mueller, R.A. (1988). Effects of Parental Authoritarianism and Authoritativeness on Self-Esteem. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 2, 271-283.
- Buss, D.M., Craik, K.H. (1983). The act frequency approach to personality. *Psychological Review*, 90, 105-126.
- Cantor, N., Kihlstrom, J. (1985). Social intelligence: The cognitive basis of personality. *Review of Personality and Social Psychology*, 6.
- Carver, C.S., Antoni, M., Scheier, M. (1985). Elf-consciousness and self-assessment. *Journal of Personality and Social Psychology*, 48, 117-124.
- Chiland, C. (1985). El psicoanálisis mañana. En P. Fraisse, *El porvenir de la Psicología* (pp. 188-205). Madrid: Morata.
- Cohen, L.H., Towbes, L.C., Flocco, R. (1988). Effects of Induced Mood of Self-Reported Life Events and Perceived and Received Social Support. *Journal of Personality and Social Psychology*, 4, 669-675.
- Combs, A.W. Snygg, D. (1959). *Individual behavior: A perceptual approach to behavior*. New York: Harpers and Brothers.
- Costa, P.T., McCrae, R.R. (1988). Personality Adulthood - A Six Year Longitudinal Study of Self-Reports and Spouse Ratings on the NEO Personality Inventory. *Journal of Personality and Social Psychology*, 5, 853-864.
- Cramer, D. (1988). Self-esteem and facilitative relationships: A crossed-lagged panel correlation analysis. *British Journal of Social Psychology*, 2, 115-127.
- Deutsch, F.M., Ruble, D.N., Fleming, A., Brook-Gunn, Stangor, C. (1988). Information-Seeking and Maternal Self-Definition During the Transition to Motherhood. *Journal of Personality and Social Psychology*, 3, 420-432.
- Eder, R., Gerlach, S.G., Perlmutter, M. (1987). In Search of Children's Selves: Development of the Specific and General Components of the Self-Concept. *Child Development*, 4, 1044-1051.
- Entwisle, D.R., Alexander, K.L., Pallas, A.M., Cadigan, D. (1987). The Emergent Academic Self-Image of Firts Graders: Its Responses to Social Structures. *Child Development*, 5, 1190-1207.
- Epstein, S. (1973). The self-concept revisited. *American Psychologist*, 28, 404-416.
- Fiske, S.T. (1982). Schema-Triggered affect: Applications to social perception. En M.S. Clark y S.T. Fiske (Eds.), *Affect and Cognition* (pp. 55-78). Hillsdale: Erlbaum.
- Fisseni, H.J. (1987). *Psicología de la personalidad. En busca de una ciencia*. Barcelona: Herder.
- Fitzgerald, J.M. (1988). Vivid Memories and the Reminiscence Phenomenon: The Role of a Self Narrative. *Human Development*, 5, 261-271.
- Fong, G.T., Markus, H. (1982). Self-schemas and judgments about others. *Soc. Cogn.*, 1, 191-204.
- Franzoi, S.L. (1983). Self-concept differences as a function of private self-consciousness and social anxiety. *J. Res. Pers.*, 17, 275-287.
- Franzoi, S.L. y Brewer, L.C. (1984). The experience of self-awareness and its relation to level of self-consciousness: An experiential sampling study. *J. Res. Pers.*, 18, 522-540.
- Franzoi, S.L. y Davis, M.H. (1985). Adolescent self-disclosure and loneliness: Private self-consciousness and parental influences. *Journal of Personality and Social Psychology*, 48, 764-776.
- Franzoi, S.L., Davis, M.H., Young, R.D. (1985). The effects of private self-consciousness and perspective taking on satisfaction in close relationships. *Journal of Personality and Social Psychology*, 48, 1584-1594.
- Frieze, I.H., Bailey, S., Mamula, P., Moss, M. (1985). Life scripts and life planning: The role of career scripts in college women's career choices. *Imagination, Cognit. Pers.*, 5, 59-72.
- Gergen, K.J. (1984a). *The concept of self*. New York: Halt, Rinehart and Winston.
- Gergen, K.J. (1984b). Theory of the self: Impasse and evolution. En L. Berkowitz, *Theorizing in social psychology: Special topics* (pp. 251-277). New York: Academic Press.
- Gergen, K.J., Gergen, M.M. (1988). Narrative and the self as relationship. *Advances in Experimental Social Psychology*, 21, 17-57.
- Giambra, L.M. (1980a). A factor analysis of the items of the Imaginal Processes Inventory. *Journal of Clinical Psychology*, 36, 383-409.
- Giambra, L.M. (1980b). Sex differences in daydreaming and related mental activity from the late teens to the early nineties. *Int. J. Aging Hum. Dev.*, 10, 1-34.
- Giambra, L.M., Stone, B.S. (1982). Australian-American differences in daydreaming, attentional processes and curiosity: First findings bases on retrospective reports. *Imagination, Cognit. Pers.*, 2, 23-35.
- Gold, S.R. y Gold, R.G. (1982). Actual daydream content and the Imaginal Processes Inventory. *J. Ment. Imagery.*, 6, 174-196.
- Gold, S.R. y Reilly, J.P. (1986). Daydreaming, current concerns, and personality. *Imagination, Cognit. Pers.*, 5, 117-125.
- Golding, J.M. y Singer, J.L. (1983). Patterns of inner experience: Daydreaming styles depressive moods, and sex roles. *Journal of Personality and Social Psychology*, 45, 663-675.

- González, J.L. (1987). *Psicología de la personalidad*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Greenwald, A.G., Bellezza, F.S., Banaji, M.R. (1988). Is Self-Esteem a Central Ingredient of the Self-Concept? *Personality and Social Psychology Bulletin*, 1, 34-46.
- Hampson, S.E. (1986). *La construcción de la personalidad* Barcelona: Paidós.
- Harré, R. y Secord, P.F. (1972). *The Explanation of Social Behaviour*. Oxford: Blackwell.
- Harter, S. (1983). Developmental perspectives on the self-system. En P.H. Mussen (Ed.), *Handbook of Child Psychology*, vol. 4, New York: Wiley.
- Hase, H.D., Goldberg, L.R. (1967). Comparative validity of different strategies of constructing personality inventory scales. *Psychological Bulletin*, 67, 231-248.
- Helson, R., Mitchell, V., Moane, G. (1985). Personality and patterns of adherence and nonadherence to the social clock. *Journal of Personality and Social Psychology*, 46, 1079-1096.
- Hessing, D.J., Elffers, A., Weigel, R.H. (1988). Exploring the Limits of Self-Reports and Reasoned Action: An Investigation of the Psychology of Tax Evasion Behavior. *Journal of Personality and Social Psychology*, 3, 405-414.
- Holmes, D.S., Tyler, J.D. (1968). Direct versus projective measurement of achievement motivation. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 32, 712-717.
- Howe, M.J. (1982). Biographical evidence and the development of outstanding individuals. *American Psychologist*, 37, 1071-1081.
- Huba, G.J., Aneshensel, C.S., Singer, J.L. (1981). Development of scales for three second-order factors of inner experience. *Multivar. Behav. Res.*, 16, 181-206.
- Huba, C.J., Singer, J.L., Aneshensel, C.S., Antrobus, J.S. (1983). *Short Imaginal Processes Inventory*. Port Huron: Res. Psychol. Press.
- Huba, C.J. y Tanaka, J.S. (1984). Confirmatory evidence for three daydreaming factors in the short imaginal processes inventory. *Imagination Cognit. Pers.*, 3, 139-147.
- Hull, J.G., Van Treuren, R.R., Ashford, S.J., Proppom, P., Andrus, B.W. (1988). Self-Consciousness and the Processing of Self-Relevant Information. *Journal of Personality and Social Psychology*, 3, 452-466.
- Ibáñez, E., Belloch, A. (1983). Interaccionismo y Psicología de la personalidad. *Análisis y Modificación de Conducta*, 20, 47-68.
- Ingram, R.E., Smith, T.W., Brehm, S.S. (1983). Depression and information processing: self-schemata and the encoding of self-referent information. *Journal of Personality and Social Psychology*, 45, 412-420.
- Jourard, S.M. (1967). Experimenter-subject dialogue: A paradigm for a humanistic science of psychology. En J. Bugental (Ed.) *Challenges of humanistic psychology* (pp. 109-116). New York: Mc. Graw-Hill.
- Kahneman, D., Tversky, A. (1984). Choices, values, and frames. *American Psychologist*, 39, 341-350.
- Kelly, G.A. (1966). *Teoría de la personalidad*. México: Trillas.
- Kihlstrom, J.F., Cantor, N. (1984). Mental representations of the self. *Adv. Exp. Soc. Psychol.*, 17, 1-47.
- Kihlstrom, J.F., Cantor, N., Albright, J.S., Chew, B.R., Klein, S.B., Niedenthal, P.M. (1988). Information Processing and the Study of the Self. *Advances in Experimental Social Psychology*, 21, 145-181.
- Klein, S.B., Loftus, J. (1988). The Nature of Self-Referent Encoding: The Contributions of Elaborative and Organizational Processes. *Journal of Personality and Social Psychology*, 1, 5-12.
- Koss, M.P., Butcher, J.N. (1973). A comparison of psychiatric patients self-reports with other sources of clinical information. *Journal of Research in Personality*, 7, 225-236.
- Kuiper, N.A., Derry, P.A. (1981). The self as a cognitive prototype: An application to person perception and depression. En N. Cantor y J.F. Kihlstrom (Eds.). *Personality, Cognition and Social Interaction* (p. 215-232). Hillsdale, N.J.: Erlbaum.
- Lamiell, J.T. (1981). Toward an idiotic psychology of personality. *American Psychologist*, 36, 276-289.
- Lamiell, J.T., Foss, N.A., Larsen, R.J., Hempel, A.M. (1983). Studies in the intuitive personology from an idiotic point of view: Implication for personality theory. *Journal of Personality*, 51, 438-467.
- Levison, D.J. (1978). *The Seasons of a Man's Life*. New York: Knopf.
- Lieberman, D.A. (1979). Behaviorism and the mind: A (limited) call for a return to introspection. *American Psychologist*, 34, 319-333.
- Lindzey, G., Tejessy, C. (1956). Thematic Apperception Test: Indices of aggression in relation to measures of overt and covert behavior. *American Journal of Orthopsychiatry*, 26, 567-576.
- Locksley, A., Lenaver, M. (1981). Considerations for a theory of self-inference processes. En N. Cantor y J.F. Kihlstrom (Eds.), *Personality, Cognition and Social Interaction* (pp. 263-277). Hillsdale, N.J.: Erlbaum.
- Lloyd, K., Paulsen, J., Brockner, J. (1983). The effects of self-esteem and self-consciousness on interpersonal attraction. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 9, 397-403.
- Lorr, M., Wunderlich, R. (1988). Self-esteem and Negative Affect. *Journal of Clinical Psychology*, 1, 36-40.

- Lydon, J., Zanna, M.P., Ross, M. (1988). Bolstering Attitudes by Autobiographical Recall: Attitude Persistence and Selective Memory. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 1, 78-87.
- Major, B., Cozzarelli, C., Testa, M., McFarlin, D.B. (1988). Self-Verification versus Expectancy Confirmation in Social Interaction: The impact of Self-Focus. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 2, 346-360.
- Marks, J., Stauffacher, J.C., Lyle, C. (1963). Predicting outcome schizophrenia. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 66, 117-127.
- Markus, H. (1977). Self-schemata and processing information about the self. *Journal of Personality and Social Psychology*, 35, 63-78.
- Markus, H., Smith, J. (1981). The influence of self-schemata on the perception of others. En N. Cantor y J.F. Kihlstrom (Eds.), *Personality, Cognition and Social Interaction* (pp. 233-262). Hillsdale, N.J.: Erlbaum.
- Markus, H., Sentis, K. (1982). The self in social information processing. En J. Suls (Ed.), *Psychological Perspectives on the Self* (pp. 41-90). Hillsdale, N.J.: Erlbaum.
- Markus, H. (1983). Self-Knowledge: An expanded view. *Journal of Personality*, 51, 543-565.
- Markus, H., Smith, J., Moreland, R.L. (1985). Role of the self-concept in the perception of others. *Journal of Personality and Social Psychology*, 49, 1494-1512.
- Markus, H., Wurf, E. (1987). The dynamic self-concept: A social psychological perspective. *Annual Review of Psychology*, 38, 299.
- Marsh, H.W., Byrne, B.M., Shavelson, R.J. (1988). A Multifaceted Academic Self-Concept. Its Hierarchical Structure and its Relation to Academic Achievement. *Journal of Educational Psychology*, 3, 366-381.
- Marsh, H.W., Richards, G.E. (1988). Tennessee Self Concept Scale: Reliability, Internal Structure, and Construct Validity. *Journal of Personality and Social Psychology*, 4, 612-625.
- Maslow, A. (1954). *Motivation and personality*. New York: Harper and Row.
- McClelland, D.F. (1967). *Personality*. New York: Holt, Rinehart and Winston.
- McGuire, W.J. (1984). Search for the self: Going beyond self-esteem and the reactive self. En R.A. Zucker, J. Aronoff y A.J. Rabin (Eds.), *Personality and the Prediction of Behavior* (pp. 73-120). New York: Academic Press.
- McGuire, W.J., McGuire, C.V., Cheever, J. (1986). The self in society: Effects on social contexts and the sense of self. *Br. J. Soc. Psychol.*
- McGuire, W.J., McGuire, C.V. (1988). Content and Process in the Experience of Self. *Advances in Experimental Social Psychology*, 21, 97-145.
- Messik, S., Ross, J. (Eds.) (1962). *Measurement in Personality and Cognition*. New York: Wiley.
- Mischel, W. (1979). *Introducción a la personalidad*. México: Interamericana.
- Mischel, W. (1972). Direct versus indirect personality assessment: Evidence and implications. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 38, 319-324.
- Mischel, W. (1988). *Teorías de la personalidad*. México: McGraw-Hill.
- Murray, H.A. (1938). *Explorations in personality*. New York: Oxford University Press.
- Natsoulas, T. (1978). Consciousness. *American Psychologist*, 33, 906-914.
- Natsoulas, T. (1984). The subjective organization of personal consciousness: A concept of conscious personality. *J. Mind. Behav.* 5, 311-336.
- Nisbett, R.E. y Wilson, T.D. (1977). Telling more than we know: Verbal reports on mental processes. *Psychological Review*, 84, 231-279.
- Palys, T.S., Little, B.R. (1983). Perceived life satisfaction and the organization of personal project systems. *Journal of Personality and Social Psychology*, 44, 1221-1230.
- Parrot, W.G., Sabini, J., Silver, M. (1988). The Roles of Self-Esteem and Social Interaction in Embarrassment. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 1, 191-203.
- Paunonen, S.V., Jackson, D.N. (1985). Idiographic measurement strategies for personality and prediction: Some unredeemed promissory notes. *Psychological Review*, 92, 486-511.
- Payne, F.D., Wiggins, J.S. (1972). MMPI profile types and the self-report of psychiatric patients. *Journal of Abnormal Psychology*, 79, 1-8.
- Perdue, C.W., Gurtman, M.B. (1988). Self-Reference and Evaluative Biases in the Perception of Trait Information. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 3, 578-587.
- Peterson, D.R. (1965). Scope and generality of verbally defined personality factors. *Psychological Review*, 72, 48-59.
- Pervin, L.A. (1983). The stasis and flow of behavior: Toward a theory of goals. En M.M. Page (Ed.) *Personality: Current Theory and Research*. Lincoln: University Nebraska Press.
- Pervin, L.A. (1988). Personalidad: controversias, problemas y tendencias actuales. *Revista de Psiquiatría y Psicología Humanista*: 19-20, 73-99.

- Piliavin, J.A., Charng, H. (1988). What Is the Factorial Structure of the Private and Public Self-Consciousness Scales. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 3, 587-596.
- Pinillos, J.L. (1988). La personalidad. *Revista de Psiquiatría y Psicología Humanista*, 19-20, 4-18.
- Piolat, M. (1988). Estimation of self-change by adults: Effect of temporal reference point and self-image comparison mode. *Cahiers de Psychologie Cognitive*, 3, 281-293.
- Rappaport, H., Enrich, K., Wilson, A. (1985). Relation between ego identity and temporal perspective. *Journal of Personality and Social Psychology*, 48, 1609-1620.
- Reinke, B.J., Holmes, D.S., Harris, R.L. (1985). The timing of psychosocial changes in women's lives: The years 25 to 45. *Journal of Personality and Social Psychology*, 48, 1353-1364.
- Robson, P.J. (1988). Self-esteem: a psychiatrist's view. *The British Journal of Psychiatry*, 153, 6-16.
- Rogers, C.R. (1947). Some observations on the organization of personality. *American Psychologist*, 2, 358-368.
- Rogers, C.R. (1982). *El proceso de convertirse en persona*. Buenos Aires: Paidós.
- Rogers, T.B. (1977). Self-reference in memory: recognition of personality items. *Journal of Research in Personality*, 11, 295-305.
- Rogers, T.B., Kuiper, N.A., Kirker, W.S. (1977). Self-reference and the encoding of personal information. *Journal of Personality and Social Psychology*, 35, 677-688.
- Rogers, T.B. (1981). A model of the self as an aspect of the human information processing system. En N. Cantor y J.F. Kihlstrom (Eds.), *Personality, Cognition and Social Interaction* (pp. 193-214). Hillsdale, N.J.: Erlbaum.
- Rorer, L.G., Widiger, T.A. (1988). Estructura de la personalidad y evaluación. *Revista de Psiquiatría y Psicología Humanista*, 19-20, 48-73.
- Rosenberg, S. (1988). Self and Others: Studies in Social Personality. *Advances in Experimental Social Psychology*, 21, 57-92.
- Runyan, W.M. (1981). Why did Van Gogh cut off his ear? The problem of alternative explanations in psychology. *Journal of Personality and Social Psychology*, 40, 1070-1077.
- Runyan, W.M. (1983). Idiographic goals and methods in the study of lives. *Journal of Personality*, 51, 413-437.
- Rychlak, J.F. (1988). *Personalidad y Psicoterapia*. México: Trillas.
- Sabini, J., Silver, M. (1981). Introspection and causal accounts. *Journal of Personality and Social Psychology*, 40, 171-179.
- Sánchez-Cánovas, J. (1988). Estilos cognitivos, Afrontamientos y Psicología del yo. *Boletín de Psicología*, 19, 33-59.
- Sande, G.N., Gosthals, G.R., Radloff, C.E. (1988). Perceiving One's Own Traits and Others: The Multifaceted Self. *Journal of Personality and Social Psychology*, 1, 13-21.
- Scott, W.A., Johnson, R.C. (1972). Comparative validities of direct and indirect personality tests. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 38, 301-318.
- Scheier, M.F., Carver, C.S. (1988). A Model of Behavioral Self-Regulation: Translating Intention into Action. *Advances in Experimental Social Psychology*, 21, 97-145.
- Segal, B., Huba, G.J., Singer, J.L. (1980). *Drugs, daydreaming and Personality: A study of College Youth*. Hillsdale, N.J.: Erlbaum.
- Segal, Z.V., Hood, J.E., Shaw, B.F., Higgins, E.T. (1988). A Structural Analysis of the Self-Schema Construct in Major Depression. *Cognitive Therapy and Research*, 5, 471-487.
- Singer, J.L. (1984a). *The Human Personality: An Introductory Text*. San Diego: C.A. Harcourt, Brace Jovanovitz.
- Singer, J.L. (1984b). The private personality. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 10, 7-30.
- Singer, J.L. y Kolligian, J. (1988). Personalidad: avances en el estudio de la experiencia privada. *Revista de Psiquiatría y Psicología Humanista*, 19-20, 112-145.
- Starker, S., Jolin, A. (1982). Imagery and fantasy in Vietnam veteran psychiatric inpatients. *Imagination, Cognit. Pers.*, 2, 15-22.
- Starker, S., Jolin, A. (1983). Occurrence and vividness of imagery in schizophrenic thought: A thought sampling approach. *Imagination, Cognit. Pers.*, 3, 49-60.
- Steele, C.M. (1988). The Psychology of Self-Affirmation: Sustaining the Integrity of the self. *Advances in Experimental Social Psychology*, 21, 261-303.
- Tesser, A. (1988). Toward a Self-Evaluations Maintenance Model of Social Behavior. *Advances in Experimental Social Psychology*, 21, 97-145.
- Van Hook, E., Higgins, E.T. (1988). Self-Related Problems Beyond the Self-Concept: Motivational Consequences of Discrepant Self-Guides. *Journal of Personality and Social Psychology*, 4, 625-634.
- Wallace, J., Sechrest, L. (1963). Frequency hypothesis and content analysis of projective techniques. *Journal of Consulting Psychology*, 27, 387-393.
- Watson, J.B. (1913). Psychology as the Behaviorist Views it. *Psychological Review*, 20, 158-177.
- Watson, J.B. (1919). A Schematic Outline of emotions. *Psychological Review*, 26, 165-196.

- Watson, J.B. (1930). *Behaviorism*. New York: Norton.
- Weinberger, D.A. (1983). *Distress, suppression of desire and the classification of personality style*. Tesis doctoral no publicada. Yale University.
- Weinberger, D.A., Schwartz, G., Davidson, R. (1979). Low-anxious, high-anxious and repressive coping styles: Psychometric patterns and behavioral and physiological responses to stress. *Journal of Abnormal Psychology*, 88, 369-380.
- Weiner, B. (1982). The emotional consequences of causal attributions. En M.S. Clark y S.T. Fiske (Eds.), *Affect and Cognition*. (pp. 185-210). Hillsdale, N.J.: Erlbaum.
- Wrightsman, L.S. (1981). Personal documents as data in conceptualizing adult personality and development. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 7, 367-385.
- Zajonc, R.B. (1980). Feeling and thinking: Preferences need no inferences. *American Psychologist*, 2, 151-175.

